

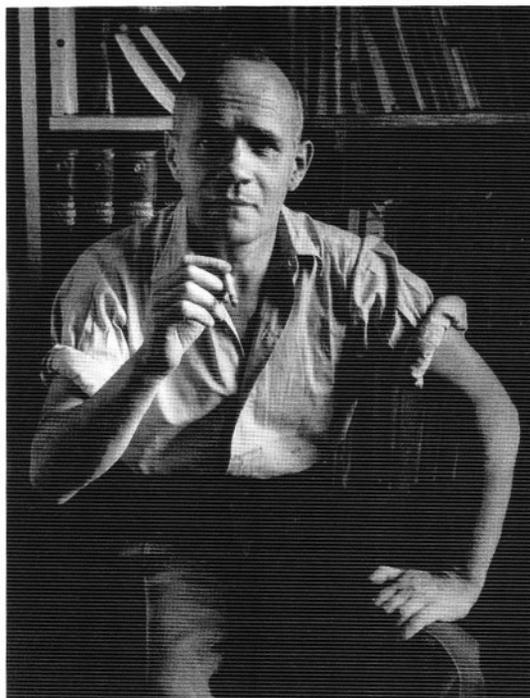
Eugenio Sáenz de Santa María Cabrero

JEAN GENET Y LA SOLEDAD

Cuando se habla con ligereza o fanatismo del libre albedrío, no estaría de más asomarse a vidas y dramas o dramáticas vidas como la del escritor francés Jean Genet para darnos cuenta de que, quizá, las cosas no son tan sencillas. Y es que, quizá, Jean Genet no pudo ser otra cosa que Jean Genet, abocado desde su infancia a un destino que él no pudo elegir. Porque le robaron la infancia. Porque el destino le robó esa infancia. Por

ello casi da un poco de rubor, por su niñez desolada, por sus tránsitos carcelarios, por el destino aciago de sus amores, traer a Jean Genet a esta sección de "Perros Verdes". Porque su existencia no fue únicamente extravagante, sino marginal y solitaria, y conocerla nos lleva sin sentirlo desde la fascinación a la tristeza.

Jean Genet (París, 19 de diciembre de 1919-París, 15 de abril de 1986; si bien fue ente-



rrado, por voluntad propia, en el cementerio de Larache, Marruecos, el 25 de abril de 1986) fue un escritor comprometido, atormentado, rebelde, provocador, genial, trasgresor, fronterizo y, más que otra cosa, un huésped perpetuo de la soledad y el silencio.

Su madre Gabrielle Genet ejercía la prostitución en el París de comienzo de siglo y de su padre nunca se supo el nombre. Podemos imaginarnos esos primeros meses de existencia hasta

que, cuando sólo contaba con nueve meses, su progenitora lo abandonó en el hospicio. En ese establecimiento público (¿podemos imaginarnos la vida cotidiana en un lugar como ése en 1911?) permaneció hasta que cumplió ocho años, cuando fue adoptado por un matrimonio en la localidad de Morvan, en la región de Borgoña. El carpintero Charles Regnier y su mujer Eugénie le ofrecieron un hogar y el cariño ne-

cesario para restañar las obligadas heridas de la infancia sufrida. Sin embargo, el joven Jean lo hizo víctima de sus primeros robos, una sorprendente actitud que contrasta con las buenas calificaciones que obtuvo en aquella época en la escuela.

No obstante poder contar con ese refugio amable de su familia de adopción, Jean Genet comenzó su particular carrera de delincuente, con fugas y hurtos que le llevaron a inaugurar su tránsito penitenciario. En esa época, con sólo diez años permaneció recluido en varios centros de rehabilitación de jóvenes donde fue fraguando su leyenda: Santé, Tourelles... y donde comenzó su otra carrera, la literaria. Después de esa primera fase carcelaria, Jean Genet se enroló en el ejército pero esa estancia militar no duró demasiado, ya que fue expulsado con deshonor cuando le imputaron delitos contra la decencia por sorprenderlo en actitudes indecorosas con un compañero de armas.

A partir de esos años, Jean Genet se convierte en un asiduo visitante de diversas cárceles, donde ingresa acusado de mendicidad, prostitución homosexual y falsificación de documentos, todo un compendio de delincuencia de baja intensidad que, visto desde la perspectiva de los años, da más lástima que preocupación. Mientras permanece recluido, Jean Genet vuelca sobre el papel su experiencia y miedos, lo que



fue otorgándole, más allá de los muros de la prisión, un prestigio literario sólido y reconocido. Como consecuencia de su larga experiencia en establecimientos penitenciarios, Jean Genet obtuvo la materia necesaria para escribir su primera novela, *Nuestra señora de las flores* (1944), un texto en cierta manera autobiográfico en el que describe la vida sórdida de los bajos fondos y su particular experiencia homosexual.

Fueron muchos los intelectuales de la época que alabaron su obra, y algunos

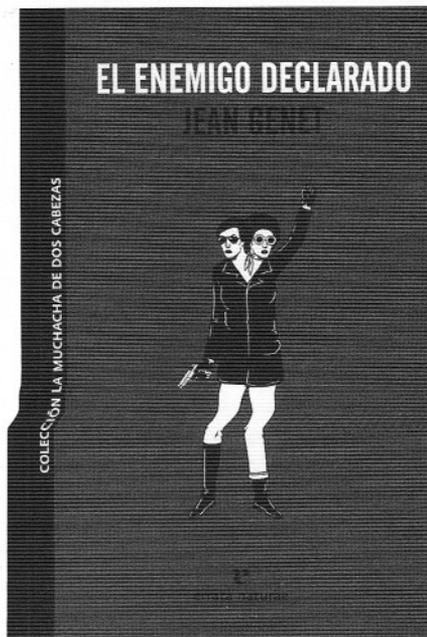
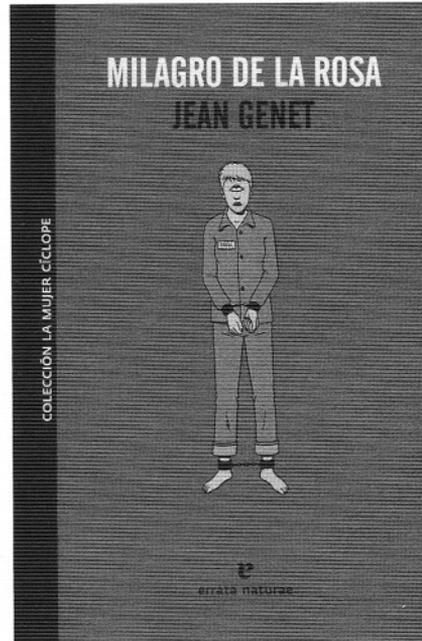
de los más conocidos del momento (Jean-Paul Sartre, Jean Cocteau, Pablo Picasso, entre otros) reclamaron para él el indulto cuando fue condenado a cadena perpetua. En 1948 el Presidente de la República finalmente se la conmuta, sin que volviera a ser encarcelado el resto de su vida.

Ya en libertad Jean Genet prosiguió su carrera literaria, escribiendo varias novelas, libros de poesía y obras de teatro, empleando en su creación un lenguaje descarnado, directo y explícito que pretendía transmitir los aspectos más desgarradores del crimen y la homosexualidad. Entre esas novelas están *El diario de un ladrón* (1949), *El milagro de la rosa* (1951), *Pompas fúnebres* (1953). En el ámbito dramático, Jean Genet consiguió sus obras más logradas, siendo uno de los exponentes del llamado teatro del absurdo: *Las criadas*, (1947), *Estricta*

vigilancia (1949), *El balcón* (1957), *Los negros* (1959) y *Los biombos* (1961).

En relación con su vida amorosa, la tragedia también tiene para el autor un espacio reservado. Su primer compañero sentimental Jean Decarmin muere luchando en las barricadas de París, en agosto de 1944. Años más tarde, su pareja más estable, Abdallah, un artista del funambulismo, se suicida en 1964, lo que arrastra a Jean Genet a una profunda depresión.

Jean Genet fue un escritor no sólo insólito e insolente sino comprometido. Un intelectual de su época. Un hombre que se involucró en las revueltas universitarias del mayo francés a las que reconocía su valor utópico: “la ideología del mayo francés es una mezcla de exaltación de la juventud y de rechazo a la autoridad y a la jerarquía”. (¿No nos suena esto inquietantemente actual si lo contextualizamos en la puerta del Sol el 15-M?). También hizo suyas las reivindicaciones de los inmigrantes en Francia (otro guiño al futuro) y como pincelada más anecdótica la



de su apoyo a los Panteras Negras en Estados Unidos, país al que accedió clandestinamente para asistir al juicio que se celebró contra el líder del grupo, Huey Newton. De su experiencia en el Medio Oriente, a parte de una entrevista clandestina con el líder palestino Yasir Arafat, destaca su obra *Cuatro Horas en Chatila* donde los falangistas libaneses habían asesinado a cientos de sus habitantes, siendo él uno de los primeros occidentales en conocer de primera mano el alcance del genocidio.

Casi al final de su vida la academia francesa le concedió el Premio Nacional de Literatura. Más tarde, Jean Genet enfermó de un cáncer en la garganta. Lo encontraron muerto con un fuerte golpe en la cabeza. Solo. Dueño de la soledad y del silencio. Aun habiendo fallecido en la capital francesa, Jean Genet dejó escrita su voluntad postera de ser enterrado en un lugar muy especial: un cementerio en la localidad de Larache, en Marruecos. Un campo santo con vistas al mar y al poniente que podemos imaginar apacible y silencio-

so. Animado tan sólo por la brisa del atardecer. Un lugar perfecto para apaciguar, en la muerte, una vida tan atribulada y apasionante como la que tuvo Jean Genet.

Todos somos nuestra infancia, para bien o para mal. Algunos se sobreponen a una primera época trágica y hacen del resto de su vida un éxito, mientras que otros la desaprovechan y convierten su existencia en un fracaso sordo. Jean Genet hizo de su vida un trasunto del drama de su infancia y se envolvió de desafío y provocación en una marea que lo llevó hasta la soledad de las prisiones, donde el silencio, quizá, le dictó sus obras geniales. Y así Jean Genet cumplió su destino: el del hombre que, quizá, no pudo ser otra cosa.

